

ñor Héctor Varela no lo es de nacimiento, lo es por reconocimiento del Congreso, y, más que todo, por la espontaneidad de su corazón.

La reunión era presidida por el señor doctor José María Tórres Caycedo.

Una espléndida comida, servida y preparada con el mayor gusto, principió á las siete y média de la noche, durante la cual reinó el orden, la alegría y la cordialidad más íntimas, pudiéndose decir que sobre la mesa del banquete estaban escritas estas palabras: *Patria, Libertad, Fraternidad.*

Cuando la comida finalizaba, á eso de las diez de la noche, se levantó de su asiento el señor doctor José María Tórres Caycedo, é instó á los concurrentes para que le acompañasen á libar una copa en honor de los Padres de la Patria y de los mártires de la libertad de Colombia.

Su discurso persuasivo, lleno de recuerdos gloriosos, de enseñanzas fecundas y de pensamientos elocuentes, fué recibido con una salva de vehementes aclamaciones y de nutridos aplausos.

El señor Tórres Caycedo, aparte de su vastísima instrucción, de su inteligencia y de la brillantez de sus conceptos é imágenes, debía reunir allí, en aquella Asamblea, — compuesta más que de liberales y conservadores, de sinceros patriotas, — las simpatías del escogido auditorio que le escuchaba.

El ha sido el defensor constante de la causa de las Repúblicas hispano-americanas en los varios conflictos en que desgraciadamente se han hallado envueltas, — el iniciador de esa colosal y fecunda idea de la Unión, Liga ó confederación de las Repúblicas sur-americanas, —

gloria que no le podrá arrebatarse nadie, pues publicaciones de doce años atrás atestiguan esta verdad, — y el atleta vigoroso del principio de la irresponsabilidad de los Gobiernos por los daños causados á los extranjeros por las facciones durante la guerra, cuestion no tratada ántes de él en tal sentido por ningun publicista.

Los eminentes servicios prestados á la América por tan distinguido republicano, y el desinterés con que siempre ha servido á su Patria y á sus amigos, con justicia le daban el derecho de presidir el banquete de sus compatriotas, si es que ya no lo tuviera por sus méritos personales y por la distinguida posición que se ha conquistado en Europa, con una vida de estudio, de laboriosidad y de acrisolada honradez.

Después del señor Caycedo habló el señor Héctor Varela, actual Redactor de *El Americano*.

Como es probable que ninguno de los que había allí reunidos hubiese oído hablar jamás al señor Varela, él despertó la mayor atención y el más vivo interés desde que se levantó de su asiento.

Alto de estatura, robusto, joven y de simpática figura como es, su continente, ántes de que hable, previene en su favor.

La palabra salió luego de sus labios, sonora, armoniosa, dulce, persuasiva y elocuente, de manera que los aplausos estallaban ruidosos á cada frase que pronunciaba el orador.

Las imágenes más bellas, las concepciones más poéticas, las ideas más avanzadas y patrióticas, como la independencia de Cuba, se daban la mano con los principios más santos y las verdades más sólidas en favor del progreso de Colombia y de la gran causa Americana. De-

mostró ser el mismo orador que en el Congreso Internacional de Ginebra se exhibió á los ojos del mundo coronado con los laureles de la elocuencia.

Terminado el discurso del señor Varela siguió el señor doctor Ramon Gómez.

En Colombia no hay quien no haya oido á este tribuno de la democracia.

La palabra sale siempre fácil, ardiente y conmovedora de la boca de este orador, en torrentes de arrebatadora poesía.

El es el rayo de las Asambleas populares.

Como orador, el señor Gómez, tiene la fealdad simpática de Mirabeau, el gesto, la mirada, la apostura y esos audaces é impetuosos arranques de entusiasmo con los cuáles sabe dominar las pasiones desencadenadas de las multitudes, y hacer que el auditorio, aun siendo contrario, esté pendiente de sus labios, lo cual constituye el prestigio magnético que caracteriza á los grandes oradores.

Al señor Gómez siguió el señor Ricardo Pereira, cuyo corazon que ahora no más se abre á las impresiones de la vida, mostró cuánto es capaz de sentir por la causa de la Patria.

Concluido el discurso del señor Pereira, ocupó la tribuna el que estas líneas escribe, quien no podia dejar de ir á ofrendar tambien aunque fuera una humilde flor en el altar de la Patria.

Habló luego el doctor Joaquín Maldonado, eminente profesor de medicina, con la precision y tino que le es habitual, dejando escapar estas bellas palabras, que fueron recibidas con prolongados aplausos: “Si los médicos pudiéramos curar las heridas y sufrimientos de la



Patria, pondriamos todo el contingente de nuestros esfuerzos para verla próspera, dichosa y feliz.”

Despues del señor Maldonado, siguieron los señores Antonio Vargas Reyes, que en pocas pero hermosas palabras puso en relieve todo el patriotismo de su alma ; el señor Teodomiro Llano, valiente, erudito y ameno orador ; el señor Ricardo Rívas, alma llena de sentimentalismo, que ama, que adora y que canta las glorias de la Patria ; el señor Rafael Réyes, jóven que en la mañana de la vida presenta las prematuras flores de la poesía, de la elocuencia y de su entusiasta adhesion por el bien, el progreso y la causa de la Libertad, y, en fin, los señores Zubiría, Uribe y Umaña, que con el alma inflamada por el fuego sagrado de la Patria, hablaron con verdad, con fe, con entusiasmo, y con noble y santa conviccion.

El banquete patriótico terminó á las doce de la noche, con el órden, animacion, alegría y cordialidad con que principió, y ha dejado en la memoria de los que á él asistieron los más vivos y agradables recuerdos. \*

---

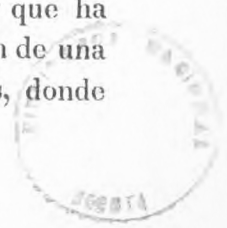
\* La anterior relacion la enviamos de Paris al *Diario de Cundinamarca* para su publicacion.

XI

Pasado el 20 de Julio de 1872, y satisfechas las visitas de nuestros amigos, dimos principio á la tarea de conocer la más bella ciudad del mundo.

Desde luego que nosotros comenzamos por manifestar que no es nuestro ánimo hacer una descripción detallada de Paris ; porque á parte de ser esta ciudad tan generalmente conocida, el trabajo descriptivo sería por sí solo materia de un extenso volúmen, lo cual está fuera de nuestro propósito.

A nuestro objeto basta el decir, que en cuarenta dias que permanecemos en la ciudad, visitamos las ruinas de las Tullerías y del Hotel de Ville ; el Luxemburgo con sus galerías de pinturas y esculturas y sus primorosos jardines, en los cuales se hallan las estatuas de las más célebres reinas de Francia ; el cementerio del Padre Lachaise, esa silenciosa ciudad de muertos, donde tambien campea la soberbia al lado de la humildad, desde la arrogante tumba de Casimir Perier hasta la simpática de Eloisa y Abelardo cubierta siempre de flores ; el Louvre, ese grandioso monumento del arte, en cuyos dorados y espaciosos salones brillan los trabajos de los más acreditados escultores y pintores, admirándose especialmente por todos la célebre Vénus de Milo, que con la de Médicis, es la más perfecta que nos ha quedado de la escultura antigua ; la catedral de Nuestra Señora, esa imponente basílica de estilo gótico, enclavada en medio de las aguas del Sena, y que ha servido de tema á Víctor Hugo para la creacion de una de sus más fecundas producciones ; los Inválidos, donde



reposan las cenizas del primer capitán del siglo, encerradas en una suntuosa urna de granito rojo de Finlandia, rodeada de doce estatuas, que representan las victorias más notables de Napoleón, y levantada en medio de la basílica y bajo la dorada cúpula que corona el templo; la Magdalena, ese precioso edificio circundado de columnas corintias, á imitación del Parthenon de Atenas; el Panteón, donde se encuentran los sepulcros de Voltaire y Rousseau y desde cuya magnífica cúpula se descubre el seductor panorama de todo París; el Teatro de la Grande Opera, el más vasto, rico, elegante y suntuoso que se ha conocido en los tiempos modernos; la Biblioteca Imperial, compuesta de un millón quinientos mil volúmenes; la Bolsa, ese vasto paralelogramo circundado de columnas del orden corintio, levantado en la plaza del mismo nombre, en el que cada individuo es la encarnación viva de la avaricia y de la sed insaciable de dinero; el bosque de Bolonia, el más bello del mundo, sembrado en toda su extensión de frondosos árboles, adornado de estatuas, de fuentes, de lagos, de grutas, de kioskos y de cascadas artificiales, y recorrido á todas horas del día y de la noche por miles de coches donde el lujo se ostenta en todo su esplendor; Saint Cloud, ese fastuoso castillo imperial, convertido hoy en ruinas, situado del otro lado del Sena, en el centro de un umbroso parque decorado de estatuas y embellecido por murmuradoras fuentes; y Versalles, cuyo palacio que simboliza toda la grandeza y toda la elegancia del siglo de Luis *el Grande*, situado á veinte kilómetros al sudoeste de París, rodeado de parques y jardines soberbios de una vasta extensión y circundado de estatuas, de lagos y de puentes, es lo más bello, lo más poético, lo más

fantástico, lo más encantador que ha podido producir el voluptuoso siglo de Luis XIV.

Ver los grandes juegos de aguas de Versalles del primer domingo de cada mes, cuando tres mil bellos penachos de agua juegan en los aires por espacio de dos horas, contemplados por más de cien mil espectadores, es presenciar el espectáculo más sorprendente y gracioso que puede idear la más soñadora y atrevida imaginación.

A fines de Julio llegó á Paris la familia del estimable caballero peruano don Jorge de Tezanos Pinto, despues de un viaje feliz por Austria, Alemania, Bélgica y Francia.

Se hospedó en el "Grande Hotel de Mirabeau," uno de los mejores de Paris, situado en la espléndida calle de la Paz, que se extiende desde la plaza de la Grande Opera hasta la plaza Vendome, en frente de los jardines de las Tullerías.

Una parte de las noches las pasábamos agradablemente en la intimidad de dicha familia, en cuyos lujosos departamentos se reunian unas cuantas señoras y caballeros de Lima que por su trato, por sus delicadas maneras, y fina educacion, se conocia á primera vista que pertenecian á la más selecta sociedad de aquella culta y rica capital, simpática hasta para los que, como nosotros, no hemos tenido el placer de conocerla personalmente, aunque sí por las bellas descripciones que de ella nos ha hecho la eminente poetisa Carolina Freyre de Jaimes.

Allí nos deleitábamos oyendo arrancar inefables notas al piano por las manos de Ravina, que se considera como el primer pianista de Paris, ó bien nos extasiába-

mos con los magníficos trozos de Beethoven, Mozart y Haiden, ejecutados con tanta gracia como maestría por las señoritas de Tezanos Pinto.

Estas reuniones terminaban frecuentemente á las once de la noche.

Otras veces salíamos despues de la comida, asociados con la misma familia á dar un paseo por los bulevares de Montmatre, de los Italianos y la Magdalena, recorriendo todos aquellos espléndidos almacenes y cafés reverberantes de luz y colmados de concurrentes; atravesábamos en seguida la magnífica plaza de la Concordia, para internarnos luego en los Campos Elíseos hasta muy cerca del Arco de Triunfo de la Estrella, viendo todos los teatros y cafés cantantes que hay á los dos lados del paseo, entre las verjas doradas de los jardines, donde se oye el canto y la música animada que tanto divierte al espiritual pueblo de Paris. Concluido el paseo tomábamos un coche é íbamos á terminar la noche en el *Teatro Frances*, donde trabajan los mejores artistas europeos, ó bien entrábamos al Palacio Real, cuyos almacenes de los cuatro costados, deslumbran como un palacio de las *Mil y una noches* con los miles de diamantes y piedras preciosas de que están cuajados.

Los dias que permanecemos en Paris, se deslizaron para nosotros rápidos y agradables, en medio de aquella fiesta eterna en que está siempre la ciudad, y de las reuniones y banquetes de amigos, promovidos por los señores Tórres Caycedo, Héctor F. Varela, Ramon Gómez, Diego Uribe, Nazario Lorenzana y Joaquin Maldonado á los que concurrían todos los colombianos residentes en Paris, sin distincion de colores políticos.

Debiendo partir nosotros para Colombia el 2 de Se-

tiembre, por el vapor *Tagus*, de la *Mala Real*, que zar-  
paba de Southampton, salimos de Paris para Lóndres  
el 28 de Agosto á las dos de la tarde.

Un hondo suspiro se escapó de nuestro pecho cuan-  
do el tren partió rápido de la estacion del ferrocarril,  
haciéndonos perder de vista en pocos momentos aquella  
ciudad que, semejante á una hada, siempre está alegre,  
bella, hermosa y seductora, y que, el dia que le toque  
apurar hasta las heces la copa del infortunio, morirá  
como Cleopatra, con la sonrisa en los labios, rodeada de  
una corte de adoradores y llevando sobre sus sienes has-  
ta el último instante la corona de Reina. . . .

A las siete de la noche pasamos por Ruan, ciudad  
que por tal motivo no pudimos conocer, y á las nueve  
de la noche estuvimos en Dieppe, á la orilla del canal  
de la Mancha,

Pocas horas despues empezó la navegacion de aquel  
agitado mar, que nos hizo sufrir horribilmente.

A las siete de la mañana pisamos las costas de In-  
glaterra, y entramos en Brighton.

Reconocidos que fueron nuestros equipajes por los  
empleados de la Aduana, subimos al tren y seguimos por  
el ferrocarril de Lóndres. Los campos que se atraviesan  
son de un cultivo tan esmerado, que bien se conoce que  
la ciencia guia allí la poderosa mano del hombre.

A las nueve alcanzamos á divisar el Palacio de cris-  
tal que, visto de léjos no más, es una maravilla.

Média hora despues percibimos un océano de nieblas,  
producido por cien mil chimeneas que arrojaban al es-  
pacio espesos torrentes de humo.

Nos hallábamos en el centro de Lóndres.





Tomando un coche en la estación del ferrocarril nos encaminamos al “Hotel Hispano-Americano,” situado en el centro de aquella soberbia metrópoli del trabajo.

En los países que recorrimos hemos hallado cuatro ciudades de una fisonomía distinta: — Jerusalen, la ciudad de la contemplación; — Roma, la ciudad del Catolicismo; — Paris, la ciudad de los placeres; — y Lóndres, la ciudad del trabajo.

No contando nosotros sino con cuatro días de permanencia en aquella población de tres millones y medio de habitantes, nos apresuramos á conocer lo más importante de ella y de sus contornos, tal como el Museo Británico, donde entre tantas maravillas vimos lucir en primera línea nuestras esmeraldas de Muzo; el Jardín Zoológico, el más vasto y rico de los que hay en toda la Europa; el palacio del Parlamento que sobrepaja en belleza á cuantos se conocen de su clase en el Viejo Mundo; el castillo de Windsor (fuera de la ciudad) de severa é imponente majestad; la Abadía de Westminster, sobre la ribera derecha del Támesis, donde se hallan los sepulcros de los soberanos y de los grandes hombres de Inglaterra; el Banco Nacional, en cuyas arcas está depositado todo el oro que han producido las minas de California y el Perú; el Támesis con sus soberbios puentes de bronce, como sólo en aquella ciudad se pueden ver; el palacio de Cristal (fuera de Lóndres) donde se halla en copia todo lo más sublime y notable que ha producido el arte y la industria en todos los tiempos; la plaza de Trafalgar, en cuyo centro se levanta la mag-

nífica estatua de Nelson, sobre una arrogante columna, circundada en su base por cuatro leones los más colosales que se conocen en bronce; y el teatro de la Alhambra, cubierto de espejos como el de San Cárlos de Nápoles y el más concurrido de las rubias *ladys* de las orillas del Támesis.

No hay otra ciudad de una actividad industrial como aquella, ni otra que le iguale en poblacion, riqueza, extension, concurrencia, ruido y febril agitacion.

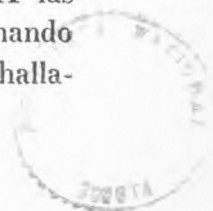
Los trenes pasan á todas horas por sobre las casas, por la superficie de las calles y por el centro mismo de la tierra. Allí la vida no se comprende sino por el movimiento.

Habiendo visto á Lóndres, aunque rápidamente, en sus calles y por sus caminos subterráneos, quisimos verla tambien desde una altura, para lo cual nos dirigimos á San Pablo, cuya basílica, si bien de un gran mérito, es muy inferior á la de San Pedro en Roma.

Cuando estuvimos en la cima de la cúpula sufrimos un amargo desengaño, no viendo sino un denso horizonte de humo, de cuyo fondo partía un ruido sordo y atornador, producido por los coches y por miles de fábricas y los millares de obreros que hacen la fuerza, la riqueza y el poderío de aquel pueblo, que marcha á la vanguardia de todas las naciones del mundo con el pendon del trabajo en la mano.

De allí descendimos para regresar á nuestro hotel, á verificar nuestros preparativos de marcha.

El 1.º de Setiembre salimos de Lóndres para Southampton por el tren de las siete de la mañana. A las diez y média estuvimos en el puerto, donde tomando una lancha, nos dirigimos al vapor *Tagus*, que se hallaba anclado en la bahía.



En la mañana del 2 de Setiembre zarpó el vapor con rumbo á San Thomas, á cuya ciudad llegamos felizmente el 13 del mismo á las diez de la noche, hora en que la ciudad aparecia iluminada con sus colinas.

Por la detencion que allí sufrió el vapor, no estuvimos en Haití, sino hasta el 16; el 17 anclamos en Jamaica, por veinte y cuatro horas, y el 24, vimos nuevamente las costas de la Patria despues de dos largos años de ausencia.

Colon se nos presentaba como una madre que, vestida de gala, sale á recibir á su hijo querido, con los brazos abiertos, á las riberas de la playa, y nosotros con el corazon palpitante nos apresurábamos á llegar á ella para saludarla con nuestro filial cariño !

Cuando pusimos el pié en las costas de su suelo, para nosotros querido, sentimos un placer inefable.

De ahí seguimos con rumbo á Sabanilla, de cuya ciudad salimos para Bogotá, á donde llegamos sin el menor contratiempo, el 16 de Octubre de 1872.

Despues de dos años de viaje nada ansiábamos tanto como volver á respirar el aire vivificante de la Patria, y entrar de nuevo en el tranquilo hogar de nuestra familia.

Es porque el hombre, en cualquier país del mundo en que se encuentre, no puede desprenderse de los más nobles sentimientos con que lo ha dotado la Providencia.

Por su *corazon* pertenece á su familia ;

Por su *vida* á la Patria ; y

Por su *alma* á Dios !

*Familia, Patria y Dios...!* he aquí la trinidad de nombres que se adoran en la tierra y que se glorifican en los cielos !

"Biblioteca Pineda."

Estante L. - Forno 18.

No se ven señales de  
daños en este volumen.  
2 de Octubre de 1919.

Anselmo Pineda D.

